

(TRANSLATED FROM THE ENGLISH VERSION PUBLISHED BY CHAPTER TWO, LONDON, BY
EZEQUIEL MARANGONE)

Sansón: ¿perdedor o ganador?

Sansón como un tipo de Cristo

por Hugo Bouter



Contenido

Introducción.....	3
1. Él comenzará a salvar a Israel de mano de los Filisteos.....	4
Sansón y los filisteos	4
El nacimiento del libertador	5
Sinopsis de la vida de Sansón	5
2. El niño será nazareo a Dios desde su nacimiento	7
Sansón como juez de Israel	7
Sansón, Samuel y Juan el Bautista	8
El verdadero Nazareo	9
3. Su Nombre es Admirable.....	10
Dios con nosotros	10
Y se llamará Su Nombre Admirable	11
Él hizo un milagro	11
4. Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura.....	13
Más fuerte que el león	13
Tres importantes lecciones	13
El secreto de la obra en la cruz y la resurrección de Cristo	15
5. La fuente del que clamó.....	16
La lucha de Sansón contra los filisteos	16
Viviendo en la roca	17
El agua que brota de la roca	18
6. El fuerte y el más fuerte	19
La fuerte ciudad de Gaza.....	19
El monte que está delante de Hebrón	20
Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella	20
7. ¿En qué consiste tu gran fuerza?	21
Sansón y Dalila.....	21
El enigma revelado.....	22
El secreto de nuestra fuerza espiritual.....	22
8. La muerte del vencedor	24
El final de la vida de Sansón	24
Sansón y Cristo.....	25

Introducción

Lo único que muchas personas saben acerca de Sansón es que fue un hombre muy fuerte y que mantuvo una relación trágica con una mujer llamada Dalila. Estos conceptos muchas veces surgen de distorsionar los hechos bíblicos. Pero, desafortunadamente, estas personas desconocen el hecho de que en realidad podrían arribar a conclusiones totalmente diferentes. Por ejemplo, considerar a Sansón como tipo de Cristo... ¿Es esto posible? Yo estoy convencido de que realmente es así, y mi intención, por medio de estos estudios sobre Jueces 13 al 16, es concentrar toda nuestra atención hacia la persona del Señor.

En las Escrituras hallamos una línea muy clara que va desde Sansón hasta David, y que luego continúa hasta Cristo, el gran redentor de Su pueblo. Y detrás de los Filisteos, archienemigos de Sansón, podemos percibir el poder de Satanás, el gran adversario de Dios, porque estos hombres se postraban ante muchos ídolos, adorando poderes demoníacos. Y de la manera en que Sansón quebró la cerviz, por así decir, de estos enemigos, así también Cristo ha triunfado sobre su poderoso enemigo. Y si bien Él lo hizo durante toda su vida aquí abajo, cuánto más en la cruz del Gólgota.

A partir de estas importantes enseñanzas proféticas de la vida de Sansón, esperamos obtener lecciones prácticas para nuestras vidas de cristianos. Porque así como Sansón fue un nazareo desde su nacimiento —alguien que está especialmente consagrado para el servicio del Señor—, como cristianos también debemos consagrar totalmente nuestras vidas a Dios. Como creyentes según el Nuevo Testamento, nosotros hemos recibido “espíritu de poder” (2.^a Timoteo 1:7), pero no para realizar toda clase de poderosos prodigios, señales y maravillas, sino para vivir y andar, por medio del poder del Espíritu, como un renovado pueblo espiritual para la gloria de Dios. En este sentido, la vida de Sansón también nos presenta una seria advertencia, porque el poderoso héroe que había vencido al león y llevado sobre sus hombros las puertas de la ciudad de Gaza, no pudo sin embargo controlar su propio espíritu. Él efectivamente pudo romper las cuerdas de sus enemigos, pero no pudo librarse de las ataduras de su propia lujuria.

Muy próximos a la rotura de las cuerdas de los hombres de Judá (15:14) y de los de Dalila (16:4 y siguientes), observamos otros siete actos heroicos en la vida de Sansón que sería útil mencionarlos a modo de introducción:

1. Venció al león rugiente (14:5 y siguientes).
2. Venció a treinta filisteos en Ascalón (14:19).
3. Destruyó los sembrados de los filisteos (15:3-5)
4. Hirió gravemente a los filisteos por haber quemado a su padre y a su madre (15:7-8).
5. Mató mil hombres con una quijada de asno en Lehi (15:14-16).
6. Llevó las puertas de Gaza a la cumbre del monte (16:3).
7. Al morir, mató aproximadamente tres mil hombres (16:23 y siguientes).

Dios quiera que, mientras estamos en conflicto con el enemigo, el ejemplo de Sansón nos sirva para ser “fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo...” (Colosenses 1:11).

Londres, 2006

1. Él comenzará a salvar a Israel de mano de los Filisteos

Este primer capítulo presenta una breve introducción acerca de la vida y del servicio de Sansón. Los capítulos 13 a 16 del libro de Jueces presentan claramente el conflicto que él mantuvo con los filisteos. Observamos una línea que comienza en Sansón, llega hasta David y continúa finalmente hasta Cristo, el verdadero Salvador de su pueblo.

Jueces 13:5

Sansón y los filisteos

Al anunciar el milagroso nacimiento de Sansón, el Ángel de Jehová le dijo a la esposa de Manoa (el nombre de ella no nos es dado) que el hijo que daría a luz *comenzaría a salvar* a Israel de mano de los filisteos. La exactitud de la Palabra de Dios, aun en los pequeños detalles, siempre nos maravilla. En primer lugar, vemos que los enemigos de Dios en aquellos días eran los filisteos; ellos conformaban, de hecho, un poder dominante (10:17; 14:4 y 15:11). La afirmación del final de Jueces 15 también es significativa, pues ella recuerda que Sansón juzgó a Israel durante veinte años “en los días de los filisteos” (15:20). Uno tras otro, Samuel, Saúl y David tuvieron que vérselas con este formidable adversario, tal como lo vemos en 1.º y 2.º de Samuel.

En segundo lugar, se ha remarcado que Sansón sólo comenzaría a salvar a Israel de mano de los filisteos. La liberación final del poder de este archienemigo no estaría en las manos de un juez sino del rey David, el hombre según el corazón de Dios (2.º Samuel 5:17-25; 8:1). La aparición de Sansón sólo significaba un primer paso en la liberación de Israel. Esta tarea sería completada por medio de las victorias de David, quien, aún más que Sansón, era un tipo del Mesías, el gran Redentor del pueblo de Dios. Nosotros, creyentes según el Nuevo Testamento, vemos una alusión suficientemente clara: una línea que corre desde Sansón hasta David, y luego hasta Cristo. Sólo Él completaría verdaderamente la liberación. En este breve libro dirigiremos toda nuestra atención hacia Aquel que es el gran Salvador de su pueblo. Y detrás de los filisteos, quienes servían a los ídolos (*demonios*, según 1.ª Corintios 10:20), podemos percibir el poder de Satanás, el gran oponente de Dios. Y a este oponente Cristo ha vencido gloriosamente.

El libro de los Jueces también nos relata la victoria de Samgar sobre los filisteos. Él había matado a seiscientos hombres con una agujada de bueyes (3:31). Esta victoria se asemeja a la que consiguió Sansón con una quijada de asno (otra arma de aquellos tiempos), relatada en Jueces 15, en la que eliminó un ejército de mil hombres (15:15). Según lo escrito en 1.º Samuel 13:19-22, los filisteos habían prohibido a los hebreos hacer espadas o lanzas. Tal era el pesado yugo de estos dominadores sobre el pueblo de Dios en los días de Saúl, y probablemente no era muy diferente en la época de Sansón.

El nacimiento del libertador

Otra cosa importante es que el nacimiento, vida y aparición de Sansón fueron actos de la *soberana gracia de Dios*. Los israelitas no habían *pedido* tales cosas, y tampoco se las *merecían*. En Jueces 13, no hallamos una sola palabra de arrepentimiento acerca del mal que ellos habían practicado, por lo que el Señor los entregó al poder de los filisteos unos cuarenta años, hasta los días de Samuel (13:1; 15:20; 1.º Samuel 7:2 y siguientes). La expresión “hacer lo malo ante los ojos de Jehová” señala el pecado de *idolatría*. Los israelitas servían a los ídolos de los países circundantes y no realizaban el mínimo esfuerzo para volverse al Dios vivo y verdadero. No tenían la menor iniciativa para orar por la liberación del poder del enemigo ni eran humildes delante de Dios, como sí lo habían hecho en ocasiones anteriores, cuando padecían grandes necesidades y clamaban a Dios (3:9,15; 4:3; 6:7; 10:10 y siguientes).

Aún así, Dios les concedió un libertador, aunque Él mismo había permitido que su pueblo cayera bajo el cautiverio del adversario por cuarenta años (este número aparece varias veces en la Biblia como un período completo de prueba). Esto mostraba la pura gracia de Dios, así como el envío de su Hijo mostraría la pura gracia de Dios después de todos los fracasos del primer hombre. Un acto que sólo podía fluir de la infinita bondad y misericordia de Dios. Dios cuidaba a su pueblo; Él les mostraba piedad y Su mirada estaba permanentemente sobre ellos. En Manoa y su esposa podemos ver la figura de un *remanente*, tal como fue observado en la venida de Cristo por su pueblo (ver en los primeros capítulos del evangelio de Lucas). Ellos anhelaban servir y adorar al Señor. Por este motivo, Manoa ofreció holocausto y ofrenda vegetal a Dios en un altar sobre la Peña (13:19-20).

Sansón nació en el seno de esta familia de creyentes, con padres que habían gozado de un encuentro personal con el Señor Dios, pues el Ángel del Señor se les había aparecido a ambos (13:21-22). Y Sansón fue consagrado a Dios desde el vientre de su madre, apartado totalmente para el servicio a Dios. Desde su nacimiento fue un nazareo para Dios (13:5). En el capítulo 2 veremos en más detalle el concepto de nazareo (que significa *consagrado*). Sansón fue un instrumento en las manos de Dios a fin de lograr la liberación de Su pueblo. Siempre que el Espíritu del Señor descendía sobre Sansón éste se volvía invencible, transformándose en un canal formidable de poder divino, sobrenatural.

Sinopsis de la vida de Sansón

El capítulo 13 del libro de Jueces describe su nacimiento y su juventud; el capítulo 14 presenta su casamiento y el enigma que lo llevará a su primer enfrentamiento con los filisteos. En Jueces 15 se nos presenta el clímax que alcanzó su lucha contra estos adversarios. Sansón quebró el poder de ellos asestándoles un duro golpe al destruir todas sus cosechas. Y cuando los hombres de Judá lo entregaron a los filisteos en carácter de prisionero, Sansón mató con una quijada de asno a mil de estos últimos. Este capítulo concluye comentando que Sansón juzgó a Israel durante veinte años (15:20).

El capítulo 16 describe la caída y muerte de Sansón. Este capítulo se presenta como un apéndice, pero también tiene cierto paralelismo con los capítulos 14 y 15. En dos oportunidades, Sansón tuvo que revelar un secreto ante la insistencia de una mujer. También

hallamos que él oró dos veces. Lamentablemente, la vida de este juez fue de mal en peor, y no sólo en un sentido moral o espiritual, sino también literal (16:1,4). Terminó su vida en una prisión en Gaza, donde tuvo que realizar trabajos forzados estando aprisionado con cadenas. Luego de que Dalila (su nombre significa *coqueta*) pudo arrebatarle su poder moral y espiritual, como también la señal de su consagración a Dios (su pelo largo), él también perdió sus fuerzas físicas, su libertad e incluso su vista.

Este triste final fue realmente compensado por el hecho de que Dios lo haría fuerte una vez más. En esa oportunidad, Sansón empujó las columnas que soportaban el templo de Dagón de manera que todo el edificio colapsó encima de los que estaban presentes allí (aproximadamente unas tres mil personas). Por lo tanto, Sansón mató al morir más personas de las que mató en vida. Además, no fue enterrado en la tierra del enemigo sino en un sepulcro familiar, en el sepulcro de su padre Manoa (su nombre significa *descanso*) (16:30,31).

Para finalizar, debemos señalar la gran diferencia que existe entre la aparición de Sansón y la de los que lo precedieron como jueces de Israel. Primeramente, Sansón permaneció totalmente solo. Tal como Antipas, hubo un tiempo en el que tuvo que soportar la contradicción de su propio pueblo (15:11-13; Apocalipsis 2:13). Esto marca una diferencia sustancial en cuanto a las anteriores historias del libro de los Jueces. Pues aquellos siempre tuvieron compañeros para la lucha, e incluso a veces su número debía ser reducido para que sólo Dios pudiera otorgar el honor de la victoria (cfr. Jueces 7:2). Sansón, sin embargo, nunca tuvo quién lo ayudara en sus batallas contra los filisteos. Los israelitas preferían entregarse a su propia suerte y no se ponían del lado de su libertador.

Aun cuando a veces Sansón combatía a causa de motivos estrictamente personales (represalia o venganza), el poder de Dios siempre se manifestó por medio de él de manera activa, poderosa e innegable. Esto hacía de Sansón, en medio de una total declinación del pueblo de Dios, un instrumento único del Espíritu de Dios. Así como al final de su vida Sansón fue encadenado y entregado al poder de los dominantes filisteos por su propio pueblo, el Señor Jesús también fue entregado por los suyos al poder Romano. En este sentido, Sansón es un verdadero tipo del Salvador, quien, abandonado incluso por sus discípulos, peleó la batalla por todos.

2. El niño será nazareo a Dios desde su nacimiento

En este capítulo nos concentraremos en el hecho de que Sansón era un nazareo, motivo que nos lleva a considerarlo como tipo de Cristo. Esta consagración permanente a Dios también la vemos reflejada en las vidas de Samuel y de Juan el Bautista, pero muy por encima de todos en la de Cristo mismo.

Jueces 13:5

Sansón como juez de Israel

Aunque Sansón fracasó miserablemente en su vida personal, lo cual reflejaba el bajo nivel moral del pueblo de Dios en aquellos días, en otros aspectos es un claro tipo del Mesías. La epístola a los Hebreos lo menciona como uno de los héroes de la fe, de aquellos que eran fuertes en batalla y que habían puesto en fuga a los ejércitos enemigos (Hebreos 11:32-34). En Jueces 13, encontramos ciertos detalles que confirman el paralelismo existente entre Sansón y nuestro Señor Jesús, el gran Redentor de su pueblo.

El hecho de que Sansón haya sido llamado a comenzar a liberar a Israel del poder de los filisteos es una de las primeras indicaciones de esto. Los héroes que una y otra vez liberaban al pueblo de la opresión de sus enemigos fueron precursores del rey venidero que liberaría a Israel de todos sus enemigos de una sola vez (el rey David). En aquellos días no había rey en Israel, tal como lo enfatizan los últimos versículos del libro de los Jueces. Por lo tanto, los israelitas tenían que vérselas con el gobierno de los jueces y su administración de justicia.

Sansón fue juez sobre Israel durante veinte años y siempre actuó solo. Nadie lo ayudó; incluso los de su propio pueblo estuvieron en contra de él (15:11). Esto marca un claro contraste con el comienzo del libro de los Jueces, en el que observamos a menudo a los jueces en su carácter de comandantes militares que compartían con el pueblo las victorias. Esto significa que el poder necesario para liberar a Israel estaba concentrado en una sola persona, ¡y esto en un sentido muy literal! Esto convierte a Sansón, el duodécimo y último juez descrito en el libro de los Jueces, en un tipo de Cristo, quien también fue rechazado por los suyos y tuvo que llevar a cabo la obra de la redención a favor de su pueblo absolutamente solo.

Sansón provenía de la tribu de Dan, cuyo nombre significa *juez*. Las últimas palabras que Jacob dirigió a su quinto hijo aluden a esto: “Dan juzgará a su pueblo, como una de las tribus de Israel” (Génesis 49:16; cfr. 30:6). La manera en que Dan tomó la justicia en sus manos aparece, varias veces, como muy sospechosa (cfr. Jueces 18). Dejemos esto por ahora. El oficio de juez era, en sí mismo, muy honorable, y apuntaba en primer lugar al señorío de Aquel quien, por medio del profeta Miqueas, es llamado “juez de Israel (...) cuyas salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Miqueas 5:1 y 2).

El propio nombre de Sansón también apunta en esta dirección, ya que significa *como el sol* o *hombre sol*. Con su aparición un nuevo día amanecía, por así decirlo, para el pueblo de Dios. En este sentido él es tipo de Cristo, quien es el “Sol de Justicia” (Malaquías 4:2). Cuando Él aparezca, amanecerá una mañana sin nubes para Israel y para el mundo (2.º Samuel 23:3-4). En aquel día, Cristo será la gran luz que gobernará por sobre todos. Su reinado implica una bendición divina para aquellos que le temen, aquellos que hoy pueden reflejar Su luz en un mundo de tinieblas. Más aún, ellos reinarán con Él sobre toda la tierra. La figura del sol naciente también puede ser aplicada a estos fieles, tal como la canción de Débora lo indicaba: “Mas los que te aman, sean como el sol cuando sale en su fuerza” (Jueces 5:31). El Nuevo Testamento también confirma esto. Jesús les dijo a sus discípulos: “Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mateo 13:43).

Sansón, Samuel y Juan el Bautista

Si volvemos a Jueces 13, podemos ver otros puntos de coincidencia entre Sansón y Cristo como el Salvador de su pueblo, el verdadero nazareo de Dios. En primer lugar, el peculiar nacimiento de Sansón. La esposa de Manoa era estéril, pero el Ángel de Jehová le llevó nuevas de gran gozo: ella quedaría embarazada y daría a luz un hijo. El nacimiento de Sansón tuvo lugar debido a una especial intervención de Dios, tal como el nacimiento de Samuel de una mujer estéril, Ana, y el de Juan el Bautista de otra mujer estéril, Elizabeth.

Por supuesto, el nacimiento del Señor Jesús de la virgen María fue absolutamente único. Ningún libertador humano puede ser comparado estrictamente con Cristo; pero, de manera muy cuidadosa, podemos considerar ciertos paralelismos. Así como el Santo Ser nacido de María (Lucas 1:35) fue el verdadero Nazareo, cuya vida estuvo íntegramente dedicada a Dios, así también Sansón fue un “nazareo para Dios” desde su nacimiento hasta el día de su muerte. Un nazareo era alguien consagrado, puesto aparte para el servicio de Dios de acuerdo a ciertas reglas especiales. Pero es muy importante saber que éste era un nazareato *permanente*, mientras que el nazareato presentado en Números 6 era *temporal*. Por lo tanto, en el caso de Sansón, Dios reclamaba *toda la vida* de Su siervo.

Podemos afirmar de manera absoluta que no se trata de simple coincidencia que en el caso de Samuel y de Juan el Bautista también se trataba de nazareatos permanentes, pues ellos eran los precursores del primer rey de Israel y del gran Rey, respectivamente. En medio de una profunda tristeza, Ana había presentado el voto al Señor en cuanto a que su hijo sería para Él todos los días de su vida, y que navaja no pasaría sobre su cabeza (1.º Samuel 1:11). Y en el anuncio del nacimiento de Juan el Bautista, hecho por el ángel Gabriel, leemos que el niño sería lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre, y que no bebería vino ni sidra (Lucas 1:15).

Estas son dos importantes características de un nazareo: llevar el pelo largo y abstenerse de beber vino u otras bebidas alcohólicas. Podemos observar esto en Sansón. Como bien sabemos, él tenía el pelo largo como símbolo de su total dependencia a Dios (cfr. 1.ª Corintios 11:15, Apocalipsis 9:8). Su tremendo poder estaba vinculado al largo de su pelo (16:17).

Pero Manoa y su esposa también recibieron la ordenanza de no beber vino u otras bebidas embriagantes. Y esta directiva añade un énfasis especial en lo que respecta a la madre del nazareo: “Ahora, pues, no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda” (13:4,7,14). El comportamiento de los padres tiene una gran importancia en la preparación de sus hijos. Es

muy interesante que a la madre se le haya prohibido *comer* cosa inmunda. No encontramos esta ordenanza en el voto de nazareato de Números 6, donde, de hecho, se enfatiza que el nazareo no podía *tocar* nada impuro (es decir, un cuerpo muerto). A un guerrero como Sansón, esta restricción le hubiera dificultado mucho sus actividades.

El verdadero Nazareo

Estas, entonces, son las tres características específicas de un nazareo, es decir, de un creyente consagrado a Dios, según el libro de Números: completa dependencia de Dios, sobriedad y vigilancia (cfr. 1.^a Tesalonicenses 5:6) y santidad y pureza en un mundo impuro. ¿Pueden observarse estas cosas en nuestras vidas? Pues las mismas tienen que ver con las características de Cristo en nuestra propia vida. ¿Exhibimos los rasgos de Cristo, quien fue total y enteramente consagrado a su Dios y Padre? Quizá en la época que estamos viviendo tenga mucha más importancia, como tal vez nunca antes la ha tenido, el hecho de que exhibamos los rasgos característicos de un nazareo, para ser nosotros así un canal del poder de Dios.

Veamos ahora de qué manera el ángel de Dios, el varón de Dios (13:6,8), dejó a Manoa y a su esposa: “Cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el ángel de Jehová subió en la llama del altar” (13:20; cfr. 6:21). Desde la caída del hombre, Dios siempre pudo tratar en gracia para con su pueblo sobre la base de un sacrificio. Tenía que llegar el día en que el verdadero Salvador vendría a participar “de carne y sangre” (Hebreos 2:14). Él debía nacer como un niño. Como Varón de dolores, Él debía ofrecer su vida en la cruz del Gólgota, para después, en virtud de su obra cumplida, ascender nuevamente a los cielos. Las maravillosas acciones llevadas a cabo por el ángel de Jehová (indicios de Cristo antes de la encarnación; cfr. Génesis 18; Éxodo 23:20-23; Jueces 2:1-5) fueron sólo un adelanto de esas cosas.

Los últimos versículos de Jueces 13 nos recuerdan brevemente el nacimiento de Sansón y también que durante su crecimiento el Señor lo bendecía. En términos similares, el evangelio según Lucas nos relata cómo crecían Juan el Bautista y Jesús (Lucas 1:80; 2:40). El capítulo 13 termina anunciando que el *Espíritu de Jehová* comenzó a impulsarle para cumplir sus tareas como un instrumento en las manos de Dios. Esto nos recuerda la manera en que Jesús, el verdadero nazareo, fue conducido *por el Espíritu* al desierto (Lucas 4:1). Claro que en el Señor no vemos ni el mínimo rastro de fracaso, que sí fue característico en la vida de Sansón. La consagración de Cristo fue absoluta, hasta el fin, incluso hasta la muerte.

El Espíritu de Jehová comenzó a impulsar a Sansón en Mahané-dan (campo de Dan), entre Zora y Estaol (13:25 VM). Manahé-dan era el campamento militar de los Danitas, quienes habían emigrado hacia el norte (18:2,11,12). Sansón comenzó sus tareas en sus alrededores. Los discípulos tenían que hacer algo similar cuando debían testificar de su Señor en sus propios alrededores después del descenso del Espíritu Santo. Ellos comenzaron a trabajar como *soldados* de Jesucristo en Jerusalén. Este principio también tiene vigencia para nosotros.

3. Su Nombre es Admirable

Si bien el nacimiento de Sansón fue un milagro, no puede ser comparado con el nacimiento de Cristo de la virgen María. Su Nombre es verdaderamente admirable; porque después de su admirable encarnación, siguió su admirable muerte, resurrección y ascensión.

Jueces 13:17-18

Dios con nosotros

Cuando Jacob, quien luchaba por el vado de Jaboc, le preguntó a su contrincante por su nombre, en principio recibió la misma respuesta que Manoa: “¿Por qué me preguntas por mi nombre?” (Génesis 32:29). En esa oportunidad, la pregunta de Jacob fue respondida con otra pregunta. Es muy positivo tener el deseo de hacerle preguntas a Dios, sobre todo acerca del Nombre que es sobre todo nombre. Pero, ¿Jacob alcanzaba a discernir en realidad **qué** era lo que quería saber? Esta pregunta tan simple es necesaria aun para los detalles pequeños de la vida. ¿Nos damos cuenta verdaderamente con Quién estamos tratando? Nuestros deseos de aprender más de Dios, ¿pueden soportar un profundo y sincero análisis crítico?

El nombre del Varón que luchaba con Jacob, el nombre del Ángel del Señor que le apareció a Manoa, sólo sería revelado completamente en los tiempos del Nuevo Testamento. Hoy en día nosotros conocemos este maravilloso nombre y podemos pronunciarlo con libertad: es el nombre de Jesús, quien quiso salvar a Su pueblo de sus pecados (Mateo 1:21). Este nombre había permanecido oculto durante los tiempos del Antiguo Testamento. Ni en la época del Génesis ni en la época de los Jueces había llegado el tiempo para que dicho nombre fuera revelado. No obstante, en la respuesta que recibió Manoa había algo más que en la respuesta que había recibido Jacob, pues en esta oportunidad el Ángel del Señor agrega las siguientes palabras: “¿...que es admirable?” (13:18).

De manera progresiva, el Antiguo Testamento ha ido revelando los distintos aspectos de la gloria de Cristo, hasta que llegó la plenitud del tiempo y tuvo lugar su encarnación, por medio de la cual Dios hecho hombre vino al mundo. Isaías había profetizado acerca de esto: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado” (9:6). Y este Hijo fue el verdadero Nazareo, el verdadero Redentor. Sansón sólo fue una débil figura de Él, y el milagroso nacimiento de este juez sólo fue una sombra del nacimiento del Mesías. Isaías también había profetizado acerca del milagroso nacimiento del Hijo de Dios: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (7:14). Emanuel significa «Dios con nosotros». Compare esta expresión con lo que dice el Nuevo Testamento: “Dios fue manifestado en carne”; “Y aquel Verbo fue hecho carne” (1.ª Timoteo 3:16; Juan 1:14).

Y se llamará Su Nombre Admirable

De esta forma, Manoa recibía una respuesta más completa que la que había recibido Jacob, y cabe aclarar que esta revelación divina transmitida en la contestación del Ángel fue el fruto de la oración de Manoa (13:8-9). Dios se revela a nosotros cuando deseamos conocer más de Él, cuando verdaderamente estamos preparados para escuchar Su voz. El Ángel no podía revelar su nombre porque era *Admirable*. En ese momento, él todavía no podía hablar de ello, pues el momento oportuno para tal revelación en la historia de la salvación aún no había llegado. De manera que el Ángel se limitó a dar poca información acerca de lo que constituía un secreto: su Persona. Su nombre era *Admirable*. Manoa y su esposa debían conformarse con lo poco que se les había dicho.

El Ángel del Señor, al tiempo que revelaba algo acerca de su nombre, también ocultaba la verdadera esencia del mismo. Su nombre todavía no podía ser declarado, pues era “admirable”. Sin embargo, estas palabras del Ángel también pueden ser interpretadas como algo literal y personal. Es decir, él verdaderamente se llama *Admirable*. De hecho, este es uno de los nombres del Mesías, enumerados por el profeta Isaías, y nada menos que el primero de una lista de cinco nombres: “Y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isaías 9:6). Recordemos también el nacimiento milagroso de Isaac, el hijo de la promesa de Dios, quien nació de la estéril Sarah. Nada es demasiado difícil (o demasiado sorprendente; cfr. versión JND) para el Señor.

La significativa respuesta que el Ángel del Señor le había brindado a Manoa, también puede ser aplicada, en cierto sentido, a los creyentes según el Nuevo Testamento. Pues hay aspectos del Nombre que es sobre todo nombre que aún permanecen insondables para nosotros. Este Nombre contiene tanto esplendor que el mismo Señor dijo: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre” (Mateo 11:27). En todo caso, ante la maravillosa revelación que nos ha sido hecha nuestra actitud debería estar caracterizada por la adoración y una santa admiración, tal como lo demostraron Manoa y su esposa. Debemos inclinarnos ante Él, rendirle tributo, traerle nuestro sacrificio de alabanza. Esto es lo que la revelación del nombre del Señor siempre produce en nosotros.

Él hizo un milagro

Hay algo más en estos versículos que atrae nuestra atención (13:19-20). Y es que además de *tener* un nombre Admirable, Él también *obró* un milagro de manera admirable ascendiendo hacia los cielos en las llamas del altar. El versículo 19 nos relata que el Ángel “obró maravillosamente” (v. 19, VM). Así también, el milagro de la encarnación de nuestro Señor fue seguido por los milagros de su muerte y resurrección y el de su ascensión.

Manoa tomó un cabrito y una ofrenda vegetal y los ofreció al Señor sobre una peña. La ofrenda vegetal consistía en flor de harina mezclada y unguida con aceite. Esto es un tipo de la humanidad perfecta de Cristo. Él nació del Espíritu Santo pero al mismo tiempo fue unguido con el Espíritu Santo. Por otro lado, la ofrenda encendida nos habla de un sacrificio cruento, pues el Señor pasó por la muerte para la gloria de Dios Padre. Ambos sacrificios fueron de olor suave para Dios. Pablo alude a esto en Efesios 5:2: “Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda (como la ofrenda vegetal) y sacrificio (cruento) a Dios en olor fragante”.

Notemos que Manoa sacrificó un cabrito, el cual, según el Antiguo Testamento, se ofrecía como ofrenda por el pecado, al menos en los casos de los sacrificios colectivos (cfr. Levítico 1:10-13). Manoa, por lo tanto, ofreció el cabrito a Dios como una ofrenda encendida (13:16; cfr. 6:19-21). La ofrenda encendida siempre era acompañada por la ofrenda vegetal. Y esto nos enseña lo siguiente: el hecho de que Cristo se haya entregado a la muerte tiene un altísimo valor porque él fue el único Hombre puro y santo que glorificó a Dios durante su vida aquí en la tierra. Él era en todos los aspectos el verdadero sacrificio. Sacrificios y ofrendas, holocaustos y expiaciones por el pecado no podían agradar a Dios, sino únicamente el sacrificio del cuerpo de Jesucristo (Hebreos 10:5-10).

Y luego de haberse ofrecido a sí mismo sin mancha a Dios, Él pudo volver a los cielos en virtud de su propio sacrificio. ¡Así como el ángel podía subir por sí mismo en la llama del altar, así también Jesús se ha sentado por sí mismo a la diestra de la majestad de las Alturas! Ahora nosotros comprendemos algo de esta maravillosa forma de obrar. La misma Persona que se ha dado a sí misma para el sacrificio es la que ahora está exaltada en los cielos. Es también necesario recordar que Él fue llevado a la gloria por Dios, pero el énfasis aquí está puesto en la ascensión que Él logró por sí mismo. Cristo, como hombre, retornó a los cielos desde donde había descendido. Considerar esto “es cosa maravillosa a nuestros ojos” (cfr. Salmo 118:2-23).

Somos espectadores ante semejante maravilla, tal como Manoa y su esposa (y Gedeón en Jueces 6). Sin embargo, no debemos permanecer inmóviles, como tampoco ellos lo estuvieron: debemos inclinarnos ante el Señor y adorarle con el tributo de nuestros corazones. De estas circunstancias recibimos otra enseñanza: Manoa no había comprendido mucho acerca de los propósitos en gracia de Dios, como podemos ver en el resto de su historia. Pero su esposa sí tuvo más discernimiento espiritual (13:22-23). ¿Y qué sucede con nosotros? Cuando observamos todas las maravillas de la obra milagrosa de Cristo, ¿tenemos el suficiente discernimiento espiritual como para ocupar nuestro lugar de adoradores? ¿Decimos como Jacob: “Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma” (Génesis 32:30)?

4. Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura

En este capítulo nos ocuparemos de los resultados particulares de la victoria de Cristo sobre el poder del Enemigo, quien continúa caminando en este mundo como un león rugiente buscando a quien devorar.

Jueces 14:14

Más fuerte que el león

La historia del matrimonio de Sansón y de sus enigmas nos enseña acerca de los benditos resultados de la victoria de Cristo sobre el poder del Adversario, quien, según el apóstol Pedro, “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”. El león abatido, muerto, es una figura del diablo, quien se encontró con alguien muy superior a él: Cristo. El Enemigo es un “devorador” que constantemente está en búsqueda de alguna presa. También es el “fuerte” que guardaba sus posesiones y que sólo pudo ser conquistado por alguien “más fuerte que él”, alguien con poder divino (cfr. Mateo 12:29; Lucas 11:21-22; Hebreos 2:14-15).

Al presentar su enigma, Sansón utilizó estas dos expresiones que se refieren al león que él mismo había matado en las viñas de Tinmat (una ciudad ubicada en la región de la tribu de Dan, en los límites de Judá, donde obviamente habían vivido los filisteos). Comprender el significado espiritual de las palabras de Sansón no presenta dificultad alguna. Cristo es el Hombre más fuerte que no sólo ató al devorador, sino que también le asestó el golpe final, la puñalada mortal.

En realidad, esta última expresión no es totalmente correcta. Pues Sansón, a decir verdad, no tenía con él ninguna arma cuando mató al león (David, en cambio, quizá sí tenía alguna cuando, mientras cuidaba las ovejas de su padre, había matado al león y al oso, 1.º Samuel 17:34-35). Sansón ganó la batalla sólo con sus manos. El Espíritu del Señor vino sobre él y le fortaleció sus manos de manera que pudo despedazar al león rugiente, como se despedaza a un pequeño cabrito (14:5,6). Y tal fue también la victoria que logró Cristo sobre Satanás. Cristo lo enfrentó solamente con su poder y su dignidad, sin utilizar medios humanos. Él peleó la batalla absolutamente solo, pues ningún hombre permaneció a su lado. De esta manera, Él ganó (y también por medio del Espíritu de Dios) una contundente y definitiva victoria sobre el malvado, aquel cuyo poder fue destruido para siempre.

Tres importantes lecciones

Creo que tenemos aquí la más importante lección tipológica del pasaje que estamos tratando, y estoy convencido de que necesitamos, en primer lugar, comprender a fondo esta enseñanza.

Naturalmente, en nuestras vidas surgirán muchos problemas, porque Satanás es aún el príncipe de este mundo y todavía anda como león rugiente; pero dichos problemas serán secundarios. Lo que sí debemos recalcar es que Cristo ganó una tremenda y definitiva batalla sobre su adversario. Y lo que parecería que las Escrituras necesitan enseñarnos al respecto es lo siguiente:

- La esencia del conflicto.
- El final definitivo del mismo, y...
- los benditos resultados que la victoria de Cristo ha logrado para los suyos.

(1) Cristo era el Juez, el Salvador y Redentor de su pueblo, el Nazareo consagrado totalmente a Dios desde el vientre de su madre. Él vino a enfrentarse cara a cara con un violento adversario que quería destruir Su vida. Y tal nefasto intento se manifestó de manera particular desde la tentación en el desierto, cuando el diablo trató de hacerlo caer; pero, finalmente, el diablo no tuvo otra posibilidad que apartarse de Él por un tiempo: Cristo ganó la batalla absolutamente solo, pues había peleado con el poder de Dios. Él no tenía ninguna arma humana. Su única arma fue la “espada” de la Palabra de Dios.

(2) Luego siguieron los años del ministerio del Señor, en los cuales Él, por medio de su poder, ataba cada vez más al “hombre fuerte” (Satanás) y saqueaba sus bienes. Este aspecto no está en absoluto considerado en la historia de Sansón. Aquí encontramos, como ya hemos señalado, sólo el resultado definitivo de la confrontación entre el Señor y el enemigo de las almas. Cristo ganó de manera cabal la victoria sobre su adversario en la cruz del Calvario. Y esto lo presenta la epístola a los Hebreos de manera maravillosa: “Así que por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14,15).

(3) Pero, sin embargo, los resultados benditos de esta victoria sólo alcanzan a aquellos que han creído en Él. Y esto implica que todavía se presenta una situación muy tensa. Pues, por un lado, Satanás es un enemigo vencido, pero por el otro, todavía anda buscando a quien devorar. Su derrota es un hecho sellado, pero la ejecución del juicio debe esperar hasta el comienzo del Milenio. En ese momento, él será atado y echado al abismo, para luego, una vez transcurridos mil años, ser arrojado definitivamente al lago de fuego y azufre (Apocalipsis 20:2,10).

Por lo tanto, la comida que sale del devorador y la dulzura que emana del fuerte todavía no está a disposición de todos. La creación entera todavía no puede disfrutar de los gloriosos resultados del triunfo de Cristo en la cruz. Esto sólo tendrá lugar cuando Él retorne por segunda vez. Mientras tanto, los que sí comparten el resultado bendito y dulce de Su triunfo son aquellos que están unidos a Él. Ellos prueban, por así decir, la “miel” que brota del Fuerte; así como Sansón mismo comía en el camino y convidaba a su padre y a su madre de la miel que salía del cuerpo del león (14:9).

Actualmente, sólo la «familia» del Vencedor puede disfrutar de Su victoria. Aquellos que conocemos al Señor y que pertenecemos a Él, quienes hemos oído la Palabra de Dios y, al obedecerla, hemos venido a ser Sus parientes, Su madre y Sus hermanos (Lucas 8:21). Inicialmente, esta «familia» estaba formada por los creyentes de Israel, pero luego se fueron agregando los creyentes de todas las naciones.

El secreto de la obra en la cruz y la resurrección de Cristo

El triunfo de Cristo en el Gólgota permanece como un gran secreto para la mayoría de las personas, tal como podemos apreciar en nuestra historia. Incluso los parientes de Sansón, sus más cercanos, no conocían el origen de la miel que su propio hijo les convidaba. Así también, en esos tiempos las buenas nuevas del evangelio permanecen veladas para la nación judía porque sobre sus corazones aún permanece un velo (Romanos 11:8; 2.^a Corintios 3:15). Y para los «filisteos», aquellos que sólo son simples profesantes (aunque de hecho son personas mundanas), también es un completo misterio.

Aún más, el mensaje de la cruz es “locura” para los que se pierden (1.^a Corintios 1:18). Ellos no entienden en absoluto que la salvación sólo puede alcanzarse en Cristo crucificado. Y que Él, por medio de sus sufrimientos, Su muerte expiatoria y Su gloriosa resurrección de entre los muertos ha aniquilado a todos los poderes hostiles para que Su pueblo pudiera gozar de los dulces frutos de Su obra. Todas estas cosas se perciben por la fe: la fe en la Palabra de Dios, en la obra consumada por Cristo y en Dios que lo levantó de entre los muertos. Sin fe, todo esto permanece como un profundo misterio, un secreto, un enigma que nadie puede resolver, ni en tres días ni tampoco en siete (14:14-15).

Los filisteos, enemigos del pueblo de Dios, sólo pudieron resolver el enigma por medio de una vil artimaña. Ellos presionaron a la esposa de Sansón para que les facilitara la solución del misterio, pero este comportamiento les acarreó también el final de la fiesta y su propia destrucción. Esto es totalmente diferente para nosotros que creemos. Los secretos de Dios no nos resultan un misterio. El Espíritu Santo mismo, quien habita en nosotros, nos revela todas las cosas, introduciéndonos en los misterios de la sabiduría de Dios (1.^a Corintios 2:6-16).

Por esta causa, podemos repetir con el Vencedor (en figura): “Qué cosa más dulce que la miel? ¿Y qué cosa más fuerte que el león?” En otras palabras, nada puede compararse a los dulces y gloriosos resultados de la obra de Aquel que venció al poderoso enemigo. Cristo anuló a quien tenía el poder sobre la muerte. Ahora estamos redimidos y libres. Y podemos gozar del dulce alimento, de la paz con Dios, libres del pecado y de la muerte y poseedores de la vida eterna.

La miel era una de las bendiciones de la Tierra prometida (Deuteronomio 8:7-9). La tierra de Canaan es una figura de los lugares celestiales donde abunda la riqueza de las bendiciones para el cristiano (Efesios 1:3). La victoria de Cristo en la cruz de ignominia nos ha logrado todas las bendiciones celestiales. La “miel” brilla ante nuestros ojos, nuestro corazón y nuestro entendimiento (tal como había sucedido con Jonatán, cfr. 1.^o Samuel 14:27), hasta que aparezcamos con Cristo en gloria y el secreto de su victoria sea revelado y pueda brillar ante los ojos de todos.

*Libres por fin, pues de Satán triunfaste,
gloria te damos, nuestro Redentor;
En luz eterna, a los que así Tú amaste,
siempre tendrás para alabar tu amor.*

5. La fuente del que clamó

Sansón parecía ser invencible en sus enfrentamientos con el enemigo. Sin embargo, quedó de manifiesto que se trataba de un ser humano limitado, que dependía en absoluto de la ayuda de Dios. La “fuente del que clamó” marca este importante momento de su vida.

Jueces 15:19

La lucha de Sansón contra los filisteos

En este capítulo podremos observar el momento culminante que alcanzó la lucha de Sansón contra los filisteos, y cómo él, en medio de esta situación, apareció como el gran vencedor. Pero esta victoria, este logro, en realidad no le pertenecía, sino que era una obra del Señor. Sansón también debía, pues, aprender a darle al Señor toda la gloria a causa de la liberación que Él mismo había logrado. Sansón era un ser humano dependiente, un instrumento en las manos de Dios a fin de lograr la victoria sobre los filisteos: “Y teniendo gran sed, clamó luego a Jehová, y dijo: Tú has dado esta grande salvación por mano de tu siervo; ¿y moriré yo ahora de sed, y caeré en mano de los incircuncisos?” (15:18).

Al considerar el final del capítulo 14 de Jueces, resulta evidente que el hecho de que Sansón le haya propuesto matrimonio a una filisteo llevó a la primera confrontación con los dominadores (14:4). La ira del novio estalló debido a que sus compañeros habían logrado sonsacarle la solución a su mujer filisteo al séptimo día de la fiesta. Pero, si ellos no hubieran “arado con la novilla” de Sansón nunca habrían descubierto el enigma. Él se veía ahora en la obligación de cumplir con su promesa y darles treinta vestidos de lino y treinta de fiesta (14:12). Y, efectivamente, cumplió con su promesa matando en Ascalón a treinta hombres de ellos y repartiendo sus vestidos a aquellos que habían resuelto el enigma. Luego de este suceso, Sansón, encendido en ira, se volvió a la casa de su padre; y en estas circunstancias, sin que él se diera cuenta, su mujer fue dada a su compañero, a quien él había tratado como su amigo.

El capítulo 15 comienza el relato de lo que sucedió luego de haber transcurrido algún tiempo, momento en que Sansón visita a su mujer en los días de la siega del trigo (en el 15:5, el autor retornará a estos campos). Él deseaba restablecer la relación con su mujer, por lo que lleva un cabrito a manera de presente (cfr. Génesis 38:17,20,23). Pero, como era de prever, el padre de su mujer no podía actuar como si nada hubiera pasado, por lo que impidió que Sansón la viera. Esto produjo un nuevo conflicto entre Sansón y los filisteos.

Sansón fue y cazó trescientas zorras (o, según algunos, chacales), las unió por sus colas y les ató teas. Luego, encendiendo las teas, soltó a los animales en los sembrados de los filisteos, y el fuego destruyó las mieses, las viñas y los olivares. Los filisteos decidieron vengarse quemando a su mujer y a su suegro (15:6). Esto condujo nuevamente a una acción de Sansón en contra de sus enemigos, pues “los hirió cadera y muslo con gran mortandad” (15:7-8).

Viviendo en la roca

Luego de estos sucesos, Sansón descendió y habitó en la cueva de la peña de Etam (en Judá, al este de Zorah); seguramente pensó que allí estaría seguro por algún tiempo. Pero, los filisteos estaban sedientos de venganza, por lo que descendieron masivamente y acamparon en Judá, desplegándose directamente en Lehi (este nombre significa “quijada”; cfr. 15:17). Luego de mantener tratativas con las fuerzas enemigas, los hombres de Judá (¡tres mil hombres!) visitaron a Sansón en su escondite con el objetivo de atarlo y entregarlo a los filisteos. Sansón aceptó esto, pero demandó a sus hermanos que no fueran ellos los que lo mataran. Los hombres de Judá aceptaron, lo ataron con cuerdas nuevas y lo hicieron salir del refugio de la peña (15:9-13).

De esta manera, Sansón abandonaba su lugar seguro en la cueva de la peña de Etam (nombre que significa fortaleza o guarida de animales depredadores). Este refugio en la roca nos recuerda a un suceso en la vida de Moisés. Israel había pecado gravemente en el Monte Horeb, y Moisés halló refugio en la hendidura de la peña (Éxodo 33:21-22). Esto contiene una enseñanza espiritual para nosotros: en Cristo, la Roca, estamos completamente seguros del juicio y del poder del enemigo. Cuando somos concientes de nuestra elevada posición en Cristo y vivimos según esta verdad, nadie puede dañarnos. Él es la única fortaleza segura para los creyentes, quienes encontramos en nosotros sólo debilidad (como “los conejos, pueblo nada esforzado... [que] ponen su casa en la piedra”, Proverbios 30:26).

Desafortunadamente, Sansón fue sacado afuera de la cueva por los hombres de Judá, quienes actuaban como cómplices del enemigo (15:13). Sabemos que como cristianos no podemos perder nuestra posición en Cristo, pero el enemigo igualmente trata de robarnos el gozo de dicha posición. Y resulta mucho más lamentable que el enemigo pueda encontrar colaboradores en medio del pueblo de Dios, quienes incluso se muestran decididos a llevarnos hasta el propio adversario. Estas personas nos hacen pensar en aquellos engañadores que trataban de robar a los gálatas la libertad en Cristo por medio de sus intentos de judaizarlos. También los podemos identificar con los falsos maestros que trataban de alejar de Cristo a los colosenses. Nosotros no debemos permitir, tal como sí lo permitió Sansón, que nadie nos ate con “dos cuerdas nuevas”.

Tan pronto como Sansón llegó a Lehi y los filisteos salieron gritando contra él, el Espíritu de Jehová vino sobre él y sus ataduras se disolvieron: “las cuerdas que estaban en sus brazos se volvieron como lino quemado con fuego” (15:14). Indudablemente, esto era un anticipo de lo que sucedería en el futuro. Dalila también ataría a Sansón con cuerdas nuevas, pero él podría, tal como ahora, deshacerse de ellas como si se trataran de simples hilos (16:12). De momento, Sansón era invencible para las fuerzas del enemigo. Él halló una quijada de asno fresca aún (por lo tanto muy fuerte) y mató con ella a mil hombres, es decir, una gran multitud de filisteos. En una estrofa de cuatro versos, Sansón cantó su propia victoria:

*Con la quijada de un asno
un montón, dos montones;
con la quijada de un asno
maté a mil hombres.*

Cuando Sansón terminó de cantar, arrojó la quijada y llamó a aquel lugar “Ramat Lehi”, que literalmente significa “Colina de la quijada” (15:15-17). Pero, ¿fue ésta una victoria

honorable? Una quijada de asno era un arma despreciable. Más aún, al tener contacto con ella se contaminaba, pues un israelita no podía tocar el cadáver de ningún animal inmundo (Levítico 5:2). Peor aún fue el hecho de que Sansón no le haya dado a Dios la honra de esta gran victoria. ¿Acaso él no era tan solo un siervo, un instrumento en las manos de Dios?

El agua que brota de la roca

Como Sansón olvidó su pequeñez, entonces Dios lo tuvo que hacer pequeño. Repentinamente, Sansón tuvo mucha sed y estuvo en peligro de colapsar. Entonces él comprendió nuevamente cuánto dependía de su Dios y que debía darle todo el honor a Él. Y clamó al Señor, diciendo: “Tú has dado esta grande salvación por mano de tu siervo; ¿y moriré yo ahora de sed, y caeré en mano de los incircuncisos?” (15:18).

Esta gran salvación divina que menciona Sansón nos recuerda a nosotros, cristianos, la expresión “una salvación tan grande”; la salvación que ha sido traída por medio del gran Vencedor, el Señor Jesucristo (cfr. Hebreos 2:3). En el 2.º libro de Samuel, capítulo 23, hallamos un paralelo con algo acaecido en la historia de Israel. Sama, uno de los valientes de David, mató a muchos filisteos en Lehi, el mismo lugar en el cual Sansón había peleado contra ellos. En aquel entonces el Señor también “dio una gran victoria” (23:12).

El Señor respondió al clamor de Sansón, y lo hizo de una manera maravillosa, tal como sucedería en su última oración antes de su muerte (16:28). Dios abrió la cuenca de Lehi ante sus ojos y brotó de allí agua, de manera que Sansón pudo beber y tomar vigor nuevamente. Una vez repuesto, llamó a ese lugar “la fuente del que clamó”. Y dicho lugar sigue ubicado en Lehi “hasta hoy”, según la información que el autor mismo brinda (15:19). Dicha fuente provee un refrigerio perdurable.

Una vez más hallamos un motivo ya mencionado en ocasión del viaje de los hijos de Israel a través del desierto: la roca de Lehi nos recuerda a la roca de Horeb (Éxodo 17:6). Los israelitas no sufrieron sed cuando Dios los guió por el desierto: “No tuvieron sed cuando los llevó por los desiertos; les hizo brotar agua de la piedra; abrió la peña, y corrieron las aguas” (Isaías 48: 21). Pero esto tuvo lugar sólo después de que Moisés castigara a la roca con su vara. “Y la roca era Cristo”, nos dice Pablo con énfasis (1.ª Corintios 10:4). Las frescas corrientes de aguas son una figura del Espíritu Santo del cual se nos dio a beber (1.ª Corintios 12:13). Y cuánto nos convendría recordar siempre que la Roca tuvo que ser golpeada para que estas aguas pudieran fluir. El Espíritu sólo nos podía ser dado luego de que Jesús fuera glorificado (Juan 7:37,39). La obra consumada de Cristo en la cruz del Calvario, donde Él cargó con nuestras iniquidades, fue la base para el posterior derramamiento del Espíritu Santo. Y es el mismo Espíritu el que nos da vida y nuevas fuerzas. Además, es por medio del Espíritu que tenemos acceso al Padre, tanto con nuestras oraciones como también con nuestras alabanzas. ¿Conocemos esta fuente, la Fuente del que clamó? ¿Somos de sus sacerdotes, de aquellos que invocan Su nombre?

6. El fuerte y el más fuerte

El evento que surge como tema de estudio en este capítulo tiene que ver con el fin de la carrera de Sansón. Resulta obvio que su vida estuvo marcada por los desvíos. Pero, aún así, Dios estuvo junto a él y le concedió una impresionante victoria sobre el enemigo. Los pilares de las puertas de Gaza no pudieron retener a Sansón cuando él se levantó a medianoche. De igual manera, las puertas de la muerte tuvieron que ceder ante el poder de Cristo cuando Él se levantó de su sueño de la muerte. La tumba no podía retener al más grande Hijo del gran David. Cristo, el héroe Vencedor, venció. Y es la lección tipológica que contemplamos en esta sección.

Jueces 16:3

La fuerte ciudad de Gaza

La breve historia del comienzo de Jueces 16 presenta una hermosa figura de la victoria de Cristo sobre su adversario, el diablo, quien tenía el poder de la muerte (Hebreos 2:14). El versículo sobre el que quiero dirigir nuestra atención en relación con esto es el siguiente: “Y a la medianoche se levantó, y tomando las puertas de la ciudad con sus dos pilares y su cerrojo, se las echó al hombro, y se fue y las subió a la cumbre del monte que está delante de Hebrón” (16:3). Por un momento, dejemos de lado el trágico fracaso de Sansón como nazareo y como juez de Israel, y concentrémonos en nuestro objeto: Sansón como tipo de *Cristo*. La lección que encontramos aquí es similar a la del león muerto, pero con un énfasis diferente. La historia de Jueces 14 se refería a un conflicto personal con el enemigo, una lucha «hombre contra hombre» que finalizó con una total victoria del nazareo de Dios.

En Jueces 16 el objeto no es un conflicto personal, sino la victoria sobre una *ciudad*. Esta ciudad y sus puertas simbolizan el poder del enemigo sobre todos aquellos que se encuentran bajo su dominio. Precisamente, deseamos profundizar más en este aspecto colectivo. Obviamente, se trataba de una ciudad filisteo, debido a que el pueblo filisteo fue el enemigo contra el que Sansón luchó toda su vida. Él juzgó a Israel “en los días de los filisteos veinte años” (15:20), época en la que éstos dominaban sobre los israelitas (cfr. 15:11). El incidente al que se refiere el comienzo del capítulo 16, probablemente haya tenido lugar hacia el final de su carrera. Sansón había ido a Gaza, y esto implicaba, por decirlo de alguna manera, haber ido hasta la guarida misma del león; por tanto, los filisteos pensaron que allí podrían asesinarlo. Gaza era la más prominente entre cinco ciudades reales filisteas. Su nombre significa “el fuerte”. Por lo tanto, la escena final de la vida de Sansón, con la que termina este capítulo (16:21), hallaba en esta ciudad un lugar adecuado.

En esta ciudad fuerte contemplamos una figura del poder del diablo, quien tenía el dominio sobre la muerte. Cuando Cristo murió quedó atrapado en lo profundo de la fortaleza del enemigo, quien pretendió mantenerlo cautivo allí. Sin embargo, el Cristo muerto y crucificado ganó una gran victoria. La «ciudad fuerte» del enemigo está ahora en ruinas, su fortaleza

derribada y su poder anulado (cfr. Isaías 25:2). Citando las palabras del apóstol Pablo, diremos que efectivamente Cristo descendió hasta las partes más bajas de la tierra. Pero, Él ha resucitado de la muerte. Aquel que descendió es también el que ascendió. Y ascendió a lo alto, llevando “cautiva la cautividad” (Efesios 4:8).

El monte que está delante de Hebrón

El triunfo del Señor ha sido completo. Tal fue el triunfo de Sansón, quien se levantó a la medianoche y cargó sobre sus hombros las puertas y sus pilares con sus cerrojos (16:3). Las puertas aseguradas no hicieron retroceder a Sansón, como tampoco la muerte podía hacer retroceder a Cristo. Él rompió las ligaduras de la muerte, por tanto, su nombre es: “Señor de la vida”. Cuando se levantó de entre los muertos, ganó una victoria gloriosa sobre la muerte y el sepulcro, dejando estas cosas tras de sí de manera permanente. Cristo ha resucitado, y Él es quien también ascendió a lo alto. Y esto es de una altura mucho mayor de la que alcanzó Sansón con su trofeo, es decir, la cumbre del monte que está delante de Hebrón.

Hebrón era el lugar donde habían vivido los patriarcas y donde también habían sido enterrados. Era el lugar del *pacto* y de la *comunión* con Dios (y esto es lo que significa Hebrón). Todo esto nos recuerda la incesante fidelidad de Dios para con su pueblo. Él nunca nos abandona, ni siquiera en tiempos de profunda ruina, y el final del libro de los Jueces sin dudas testifica claramente acerca de esta condición. Desde Hebrón, el pueblo siempre recordaría la poderosa victoria de Sansón por medio de sus señales: a la distancia se observa la cumbre del monte hasta donde Sansón llevó las puertas de Gaza.

De igual manera, ahora podemos ver con los ojos de la fe el triunfo de Cristo (“porque por fe andamos, no por vista”, 2.^a Corintios 5:7). En el gozo de nuestra comunión con Dios y concientes de Su eterna fidelidad, podemos ver los maravillosos resultados de la victoria de Cristo. Por lo tanto, proclamamos los hechos memorables y las señales de la victoria de nuestro Señor, pues Él ha prevalecido contra las puertas de la muerte y del infierno.

Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella

En verdad, hallamos en esta expresión diversos aspectos tocantes a lo colectivo y a lo individual sobre los cuales debemos enfatizar. No se trata solamente de la salvación personal del pecador o de la seguridad del creyente, aun cuando indudablemente estas cosas son muy importantes. Porque las Escrituras también nos enseñan que *toda la Iglesia* está construida sobre Cristo, la Roca, el Hijo del Dios viviente. De manera que, siendo Él la piedra angular y fundamento de la Iglesia, entonces “las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:16-18). Las puertas simbolizan el poder y la autoridad del enemigo. Pero, nuestra Pascua ha tenido lugar: Cristo ha resucitado. Ahora, el poder de la muerte, del sepulcro, del pecado y de Satanás no puede prevalecer contra el pueblo de Dios. La cautividad ha sido llevada cautiva. Las puertas de la última fortaleza del enemigo permanecen abiertas y sus prisioneros han sido liberados. Las puertas de bronce han sido quebrantadas y los cerrojos de hierro desmenuzados, dice el Salmista. Por lo tanto, alabemos al Señor por su bondad y su maravillosas obras a favor de los hijos de los hombres (Salmo 107:15-16). ¿Puedes tú entonar con gozo el cántico de alabanza?

7. ¿En qué consiste tu gran fuerza?

En este capítulo, el secreto de la gran fuerza de Sansón finalmente sale a la luz. El gran enigma es resuelto por medio de la astucia de Dalila, y esto conduce a Sansón a la muerte. Cuando sus fuerzas lo dejan, él se transforma en una presa fácil para los filisteos. Teniendo en cuenta este suceso, nosotros, los creyentes, deberíamos reflexionar acerca de nuestra fuerza espiritual.

Jueces 16:6

Sansón y Dalila

¿Cuál era el secreto de la maravillosa fuerza de Sansón? En este capítulo, su fuerza está vinculada con su condición de nazareo, y su larga cabellera es el sello distintivo de su devoción a Dios (16:17). El punto crítico de la historia es alcanzado cuando Sansón revela a Dalila el secreto de su vida, el cual él había guardado muy bien hasta ese momento. Ella era la tercera mujer filisteo que había cumplido un rol significativo en la vida de Sansón, aun cuando semejante yugo desigual había sido claramente prohibido por el Señor (Deuteronomio 7:2-4). Dalila vivía en el Valle de Sorec (que significa “vid”), nombre que expresa la fertilidad de dicho valle. Allí también se hallaban los viñedos de Timna y los lugares llamados Zora y Estaol. Posiblemente, Sansón visitaba a Dalila con bastante regularidad en su propia casa del Valle de Sorec o en algún lugar cercano a Zora. Aun cuando no se diga de Dalila que era una ramera, como la mujer que Sansón visitaba en Gaza (16:1), resulta indudable que la relación de Sansón con esta mujer no implicaba precisamente un matrimonio legal, como el mencionado en el capítulo 14.

Un creyente no puede pecar de manera liviana o fácil. Sin dudas, el pecado nunca le costará barato. Si no huimos de un pecado de sexualidad inmoral, éste terminará por dominarnos (Génesis 39:7 y sig.; 1.ª Corintios 6:18). Muy pronto quedó de manifiesto que Sansón se había enamorado de Dalila, por lo cual los príncipes de los filisteos trataron de aprovechar esta oportunidad. Dalila tenía que descubrir el secreto de la fuerza de Sansón y de qué manera él podría perder dicho poder. Para lograr esto, los cinco príncipes le pagarían a Dalila mil cien siclos de plata, lo cual constituía, indudablemente, una magnífica recompensa (16:4-5). Pero, en realidad no era una tarea fácil descubrir el enigma de la vida de Sansón. Dalila necesitaría desplegar todo su poder de seducción a fin de sonsacarle el secreto de su extraordinario poder.

Sansón logró engañarla en tres oportunidades. En las dos primeras descubrimos cierto paralelismo: primero, Sansón permite ser atado con siete (el número de la perfección) mimbres verdes y luego con cuerdas nuevas que no se hubieran usado nunca. Pero cada vez que él era atado, podía cortar fácilmente sus ligaduras al escuchar el aviso de Dalila: “Sansón, los filisteos contra ti”. Y también es importante notar otras importantes palabras que las Escrituras refieren: “Y no se supo el secreto de su fuerza” (16:9). En la tercera oportunidad, sin embargo, el peligro se incrementó notablemente. Dalila aumentó su presión sobre Sansón y éste ya no pudo evitar nombrar su cabello. En este símbolo de su nazareato, que hablaba de

su completa sumisión a Dios, descansaba el secreto de sus fuerzas. Sansón sólo le reveló la verdad a medias, y nuevamente le dio a entender de manera parcial cómo podría lograr que él perdiera su poder: “Si tejieres siete (!) gudejas de mi cabeza con la tela y las asegurares con la estaca”. Sin embargo, cuando Sansón despertó de su sueño arrancó la estaca del telar con la tela (16:13,14).

El enigma revelado

Los siguientes versículos muestran varias similitudes con el capítulo 14. En aquel momento, la novia de Sansón también lo presionaba y le hacía cuestionamientos de manera incesante con el propósito de que él finalmente le confiara el secreto de su enigma. Y la acusación que aquella mujer le hacía a Sansón en el sentido de que él no la amaba verdaderamente también se repite de parte de Dalila, casi palabra por palabra. Finalmente, el poderoso héroe sucumbió. Su alma fue reducida a mortal angustia y le descubrió todo su corazón, y le dijo: “Nunca a mi cabeza llegó navaja; porque soy nazareo de Dios desde el vientre de mi madre. Si fuere rapado, mi fuerza se apartará de mí, y me debilitaré y seré como todos los hombres” (16:17).

Dalila no dejó pasar esta oportunidad e hizo todos los preparativos para despojar a Sansón de su poder. Y, efectivamente, cuando ella hizo rapar las siete gudejas del cabello de Sansón, sus fuerzas lo abandonaron. En realidad, fue el Señor mismo el que se apartó de él, pero Sansón descubrió esto cuando ya era tarde (16:19,20). Ahora se había transformado en una presa fácil para los filisteos, quienes le sacaron los ojos y lo ataron con cadenas (algo similar le hicieron al rey Sedequías cuando se produjo la caída del reino de las dos tribus, 2.º Reyes 25:7). Además, Sansón fue trasladado y encadenado en la cárcel de Gaza para que moliese granos (16:21).

¿Este fue el final del juez de Israel? Felizmente, no. Dios no abandonó a Sansón, ni siquiera mientras éste tuvo que pasar su vida en la cárcel en carácter de esclavo. Esta parte de la historia termina con las palabras esperanzadoras: “Y el cabello de su cabeza comenzó a crecer, después que fue rapado” (16:2). Esto daba esperanzas para el futuro, pues Dios podría volver a hacerlo fuerte una vez más y concederle una victoria gloriosa sobre los filisteos. Pero este es el tema de nuestro próximo capítulo.

El secreto de nuestra fuerza espiritual

Ahora conviene que dediquemos un tiempo para contemplar el significado de esta historia a la luz del Nuevo Testamento. ¿Cuál es el secreto de nuestras fuerzas espirituales y cómo debemos hacer uso de ellas? Hemos visto que las fuerzas abandonaron a Sansón en el mismo instante en que éste perdió el símbolo de su consagración a Dios. El Señor no permaneció con él después de que sus siete gudejas de sus cabellos fueran cortadas. Sansón se vanagloriaba de sus propias fuerzas, pero esto sólo era vanidad. Su gran poder lo había abandonado. El Espíritu del Señor, que una vez había venido sobre él (13:25; 14:6,19; 15:14), ahora se había apartado de él.

En relación con esto resulta necesario hacer una aclaración sobre una importante diferencia que hallamos con respecto al creyente del Nuevo Testamento, pues éste último es bendecido con la *habitación permanente* del Espíritu de Dios (cfr. Juan 14:15-17; Romanos 8:9-11; 1.º Corintios 2:12; 2.ª Corintios 1:2; Efesios 1:13-14; 2.ª Timoteo 1:14). El Espíritu de Dios

nunca nos dejará, pero nosotros igualmente podemos estorbar las obras de Dios e incluso hacerlas imposibles. También podemos contristar al Espíritu de Dios (Efesios 4:30), o incluso llegar a apagarlo (1ª Tesalonicenses 5:19) a causa de nuestro mal comportamiento.

La gran diferencia con la dispensación del Antiguo Testamento permanece todavía válida. El Espíritu Santo todavía no habitaba en la Iglesia aquí en la Tierra (porque ella todavía no había sido formada), ni habitaba en los creyentes de manera individual. Cuando el Espíritu venía sobre alguno era con el fin de capacitarlo para que cumpla alguna tarea especial (cfr. Jueces 3:10; 6; 34; 11:29; 1.º Samuel 10:6,10; 11:6; 16:13; Salmo 51:13). Sólo después de que Jesús fue glorificado en el cielo el Espíritu de Dios pudo descender a fin de habitar para siempre en los redimidos (Juan 7:39; 1.ª Corintios 3:16; 6:19).

No seamos ostentosos por el hecho de tener esta bendición ni juguemos con ella como lo hizo Sansón aun cuando era un nazareo. No nos enorgullecamos de poseerla, tal como él lo hacía como fruto de su presunción. Él confiaba en sus propias fuerzas: “Esta vez saldré como las otras y me escaparé. Pero no sabía que Jehová ya se había apartado de él” (16:20). En el Nuevo Testamento hallamos un pasaje de un paralelismo sorprendente, se trata de las palabras dirigidas al ángel de la iglesia en Laodicea, quien también se enorgullecía de sus privilegios, pero que tampoco comprendía que en realidad era desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo (Apocalipsis 3:17). Sansón, espiritualmente hablando, también estaba ciego, pues él no comprendía su verdadera condición, es decir, que era absolutamente débil debido a que el Señor se había apartado de él. Luego de esto le sobrevino la ceguera física, pues los filisteos lo capturaron y le sacaron los ojos (16:21). Y todavía le esperaba una vivencia miserable y penosa en la prisión de Gaza.

La enseñanza importante que recibimos de esta sección es que no debemos hablar de forma indebida de nuestros tan particulares privilegios y bendiciones. Tampoco nos conviene revelar el secreto de nuestras fuerzas espirituales a personas que tienen malas intenciones, ‘filisteos’, cristianos meramente nominales que pretenden robar nuestras fuerzas y nuestra libertad para llevarnos a la cautividad. Lo cual les sucedió, por ejemplo, a los insensatos gálatas (Gálatas 2:4). Ellos fueron fascinados por falsos maestros (Gálatas 3:1), tal como Sansón había permitido que Dalila lo fascinara a él. Todo esto sólo puede llevar a la ceguera espiritual y a la esclavitud (Gálatas 4:9; 5:1), lo cual le sucedió a Sansón en el sentido literal de la palabra. Por lo tanto, debemos conducirnos como verdaderos nazareos y no descuidar el secreto de nuestra consagración, es decir, la unción del Espíritu Santo y nuestra total dependencia a Dios. Que el Señor nos conceda que nuestros pensamientos no se desvíen desde la sencilla y pura consagración a Cristo hacia los encantos seductores del enemigo.

8. La muerte del vencedor

La vida de Sansón no tuvo un final feliz; por el contrario, fue triste y trágico. Pero, en realidad, por medio de su muerte él pudo lograr su más grande victoria. Y esto es una figura de la obra de Cristo, quien por su muerte nos redimió y además, gracias a la obra de la cruz, obtuvo el más grande triunfo sobre el poder de Satanás, del pecado y de la muerte.

Jueces 16:30

El final de la vida de Sansón

El final de la vida de Sansón es un sorprendente tipo de la victoria final de Cristo sobre el poder del enemigo. Ésta, su más grande victoria, está fundamentada *en su muerte*, porque leemos aquí que él mató más enemigos al morir que durante su vida: “Y dijo Sansón: Muera yo con los filisteos. Entonces se inclinó con toda su fuerza, y cayó la casa sobre los principales, y sobre todo el pueblo que estaba en ella. Y los que mató al morir fueron muchos más que los que había matado durante su vida” (16:30). Pero, este principio se aplica con mayor justicia al Señor Jesús, quien por su muerte en la cruz ganó su más grande triunfo sobre el poder de Satanás, del pecado y de la muerte. Él descendió al sepulcro, pero Él asimismo ascendió de la muerte. Él es la resurrección y la vida, Aquel que estuvo muerto pero que ahora está vivo para siempre. Él es también quien tiene las llaves de la muerte y del Hades (Apocalipsis 1:17,18).

A la luz de estas grandes cosas, los tipos del Antiguo Testamento aparecen muy opacos. Se muestran débiles al compararlos con la realidad del Nuevo Testamento. Sansón murió *con* sus enemigos, pero Cristo murió *por* sus enemigos. Sansón se vengó de los filisteos, y esto lo llevó a morir junto a ellos, pero Cristo murió *por amor* a los perdidos. Sansón fue enterrado en el sepulcro de su padre Manoa, y tal fue el definitivo final de su carrera. Pero Cristo se ha levantado del sepulcro y nosotros, quienes éramos sus antiguos enemigos, también hemos sido resucitados *con Él* en novedad de vida. Tres mil filisteos murieron aproximadamente cuando Sansón murió (16:27), pero cuando la Iglesia nació, en el día del Pentecostés, aproximadamente tres mil almas fueron salvadas (Hechos 2:41).

Para la Iglesia no hay nada más importante que recordar la muerte de su Señor y proclamarla una y otra vez a Su mesa (cfr. 1.^a Corintios 10 y 11). La muerte del Señor, la muerte de Aquel que es Señor de todos, es un milagro que nunca seremos capaces de comprender en profundidad, pero que nos conduce a ofrecer incesantemente nuestra alabanza y adoración. ¡Proclamamos Su muerte hasta que Él venga (la Iglesia primitiva lo celebraba diariamente), porque el Vencedor que fue crucificado está vivo por la eternidad y viene pronto! Y nos maravillaremos sin cesar ante la grandeza del secreto de Su muerte, porque hemos muerto con Él y con Él también hemos resucitado.

Sansón y Cristo

Por otro lado hay, por supuesto, una gran diferencia *moral* entre Sansón y Cristo. El tipo viene a ser, en varios aspectos, un *antitipo*, tal como ocurre con varios tipos del Antiguo Testamento, comenzando desde Adán (cfr. Romanos 5:14 y sig.). El fracaso del *primer* hombre permitió que saliera a la luz la perfección del *segundo* Hombre, el Señor venido de los cielos. En el caso de Sansón, esto resulta evidente en muchos sentidos. El verdadero Nazareo nunca dio a conocer el secreto de Su consagración a Dios. Él fue fiel hasta la muerte. Él únicamente obedeció la voluntad de su Padre celestial y no se desvió ni por un instante del camino que Su Dios y Padre había preparado para Él.

Sansón, en cambio, sucumbió repetidamente a las tentaciones. Dos veces cedió y develó su secreto ante las presiones de una mujer: en el capítulo 14 a la filisteo de Timnat, y en el capítulo 16 a Dalila. El fuerte héroe que podía someter una ciudad entera no podía gobernar su propio espíritu (Proverbios 16:32).

Cristo subió a Jerusalén para darse a sí mismo voluntariamente como sacrificio. En Sansón, contrariamente, vemos una línea descendente, figurativa y literalmente. En verdad, su camino fue cuesta abajo desde el comienzo de su carrera, cuando descendió a Timnat (14:1). Luego, descendió hasta el Valle de Sorek y, una vez más, entabló una relación con una mujer filisteo (16:4). Y este matrimonio ni siquiera fue legal como en el caso del capítulo 14. Dalila lo hizo dormir en su falda y llamó a un hombre para que le rapara las siete guedejas de su cabeza. De esta manera, Sansón perdía su poder, pero, peor aún, perdía su libertad y su vista. Luego, los filisteos lo llevaron a Gaza y lo arrojaron en una prisión. Allí, él tenía que hacer girar un molino de granos en carácter de esclavo.

La única señal de esperanza en esta lamentable historia está expresada por medio del siguiente comentario: “Y el cabello de su cabeza comenzó a crecer, después que fue rapado” (16:22). La extraordinaria fuerza de Sansón aparece conectada con esta señal externa de su completa consagración a Dios; y así también, la presencia misma del Señor estaba asociada con dicha señal. Por este motivo, esto no es válido para el creyente del Nuevo Testamento, porque él goza de la *habitación permanente* del Espíritu Santo; aun cuando también es verdad que nuestra devoción interior determina nuestra fuerza y comportamiento exterior (ver el capítulo 7 sobre este tema).

De manera que Sansón fue preparado gradualmente para la última confrontación con sus enemigos. Su dependencia a Dios crecía junto a su cabello. En la prisión él aprendió nuevamente cómo orar. Y su último deseo, morir con los filisteos, verdaderamente fue cumplido. Dios le devolvió sus fuerzas sobrenaturales una vez más, luego de que él había sido un simple objeto de entretenimiento para sus enemigos (así como también Jesús recibió burlas antes de morir). Sansón debía entretenerlos con música y canciones. El «show» (cfr. Éxodo 32:6) de Sansón, quien probablemente estaba dotado artísticamente, en realidad era el preludio de la muerte de los filisteos.

El punto importante aquí quizá no es tanto la rehabilitación de Sansón, sino la tremenda confrontación entre Dagón, dios de los filisteos, y el Dios de Israel, el Dios vivo y verdadero. Dagón, por lo tanto, a quien los filisteos atribuían su victoria sobre Sansón (16:23-24), recibiría la peor parte. Cuando Sansón se inclinó fuertemente contra las columnas que soportaban el templo, éste colapsó y quedaron enterrados bajo los escombros los filisteos *con sus ídolos*. En relación con este hecho, leemos en 1.º Samuel que Dagón tuvo que inclinarse,

por decirlo así, ante el Dios de Israel y pagarle tributo a Él. Dagón había caído a tierra sobre su cara ante el arca del Señor, volviéndose totalmente impotente (1.º Samuel 5:3-4).

¡Gloria a nuestro Señor, quien por medio de su muerte y resurrección ha triunfado sobre todos los poderes idólatras! Un día, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2:8-11).